

ROSALINDA.—Silencio, digo. Muy buenas tardes, amigo.

CORINO.—Y á vos, gentil caballero, y á todos vosotros.

ROSALINDA.—Ruégote, pastor, que si el afecto ó el oro pueden comprar algún refrigerio en este desierto, nos procures algo con qué reposar y alimentarnos. Hé aquí una joven doncella fatigada en demasía por el viaje y que se desmaya por falta de socorro.

CORINO.—La compadezco, gentil señor, y quisiera por su bien más que por el mío que mis recursos fuesen mayores para aliviarla; pero soy pastor al servicio de otro hombre, y no trasquilo el rebaño que apaciento. Mi dueño es de carácter duro, y no se cuida de encontrar el camino del cielo por actos de hospitalidad. Por otra parte, su egido, sus ganados y sus pastos están en venta; y con motivo de su ausencia, no hay en nuestro cortijo cosa con que pudierais alimentaros; pero venid y veréis lo que hay, que por mi parte seréis muy bienvenidos.

ROSALINDA.—¿Y quién comprará sus rebaños y sus pastos?

CORINO.—Aquel joven zagal, que visteis poco há, y que tiene muy poco interés en comprar algo.

ROSALINDA.—Te suplico que, guardando los fueros de la honradez, compres tú la casa, los pastos y rebaños. Te daremos con qué pagarlos.

CELIA.—Y aumentaremos tu salario. Gústame el sitio, y de buena gana pasaría en él mi tiempo.

CORINO.—Que todo está para vender, es seguro. Venid conmigo, y si os agradan los informes sobre el suelo, las ganancias y este género de vida, seré vuestro fiel labrador, y lo compraré todo con vuestro oro sin perder momento. *(Salen).*

ESCENA V

Entran AMIENS, SANTIAGO, y otros

CANTO

AMIENS. Quien bajo el árbol frondoso
desea yacer conmigo,
y ajustar su alegre canto
del ave á los dulces trinos,
que venga hacia aquí, que venga,
donde no hay más enemigo
que el invierno y la tormenta,
las tempestades y el frío.

JAQUES.—Continuad, continuad, os lo suplico.

AMIENS.—Os entristecería, monsieur Jaques.

JAQUES.—Y gracias. Más, os ruego, más. Puedo sorber melancolía de una canción, como huevos la comadreja. Más, te ruego, más.

AMIENS.—Estoy enronquecido. Conozco que no podría agradaros.

JAQUES.—No deseo que me agradéis; deseo, sí, que cantéis. Vamos: más: otra estrofa. ¿No las llamáis estrofas?

AMIENS.—Lo que queráis, monsieur Jaques.

JAQUES.—No me importan sus nombres. Nada me deben. ¿Queréis cantar?

AMIENS.—Más por satisfaceros que por placer mío.

JAQUES.—Pues bien: si alguna vez doy las gracias á un hombre, será á vos; aunque lo que llaman cumplidos se parece al encuentro de dos monos; y cuando un hombre me da gracias sinceramente, se me figura haberle dado un centavo, y que me devuelve gracias á lo mendigo. Vamos, cantad y que los demás cierren la boca.

AMIENS.—Bien. Concluiré la canción. Mientras tanto, señores, cubrid la mesa; el duque quiere beber bajo este árbol. Ha esperado todo este día para veros.

JAQUES.—Y yo todo este día he estado evitándolo. Discute demasiado para mí. Yo pienso en tantos asuntos como él; pero, gracias al cielo, no hago alarde de ello. Vamos, vamos, trinad.

CANTO

Todos. Quien desdeña la ambición
y vive del sol al brillo
buscando el pan, y contento
con lo que haya conseguido,
que venga, que venga aquí,
donde no hay más enemigo
que el invierno y la tormenta
las tempestades y el frío.

JAQUES.—Voy á daros un verso para esa tonada, que hice ayer, mal que pesara á mi inventiva.

AMIENS.—Y yo lo cantaré.

Y JAQUES.—Dice así:

Si por ventura acontece
tornarse un hombre en borrico,
dejando paz y riqueza
por un porfiado capricho,
duc ad me, duc ad me, duc ad me,
que aquí verá otros pollinos
como él; y si no, que venga
adonde Amiens nuestro amigo.

AMIENS.—¿Qué significa ese *duc ad me*?

JAQUES.—Es una invocación griega para llamar á los necios á formar círculo. Me voy á dormir, si

puedo. Y si no pudiese, renegaré de todos los primogénitos de Egipto.

AMIENS.—Y yo voy á buscar al duque. Está parado su banquete. *(Salen separadamente).*

ESCENA VI

La misma

Entran ORLANDO y ADAM

ADAM.—Mi querido señor, ya no puedo ir más lejos. ¡Oh, me muero de hambre! Aquí me acuesto, y marco la medida de mi sepulcro. Adiós, bondadoso señor.

ORLANDO.—¿Cómo es eso, Adam? ¿Tú no tienes más corazón? Vive un poco, animate un poco, alégrate un poco. Si este áspero bosque produce algún animal salvaje, ó yo le serviré de alimento, ó lo traeré para alimentarte. Tu imaginación, no tus fuerzas, es lo que está expuesto á morir. Tranquilízate por amor á mí; y por unos momentos pon á raya la muerte. Estaré aquí contigo dentro de breve rato, y si no te traigo algún alimento, tendrás mi consentimiento para morir. Pero si mueres antes, me habrás hecho perder mi trabajo. ¿No lo dije? Tienes más alegre la cara. No tardaré en estar de vuelta. Pero yaces aquí á la intemperie. Te llevaré á algún punto abrigado, y si hay cosa que viva en este yermo, no morirás por falta de comida. ¡Animo, buen Adam! *(Salen).*

ESCENA VII

La misma.—Una mesa cubierta

Entran el antiguo DUQUE, AMIENS, señores y otros

DUQUE.—Parece que se ha transformado en bestia, pues no puedo encontrarle cosa alguna á semejanza del hombre.



LORD 1.^o—Señor, hace un momento que se fué de aquí, donde había estado alegre oyendo una canción.

DUQUE.—Si él, que es un conjunto de discordancias, se aficiona á la música, no tardaremos en ver discordancia en los cielos. Id á buscarle: decidle que deseo hablar con él.

(*Entra Jaques*).

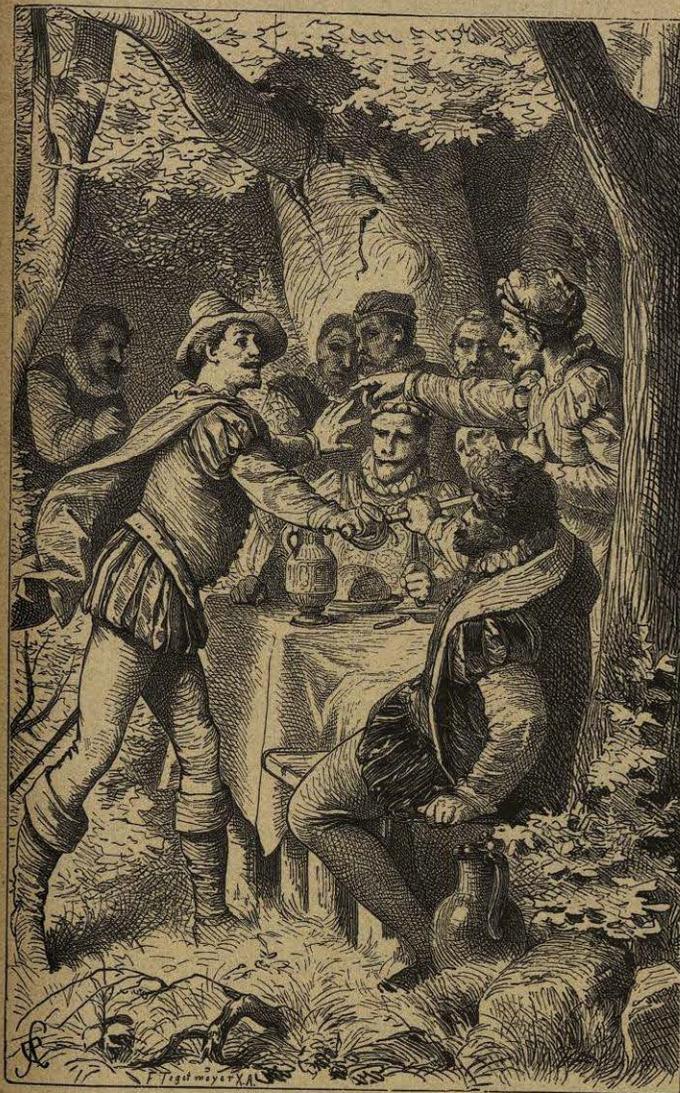
LORD 1.^o—Me ahorra la pena viniendo él mismo.

DUQUE.—¡Hola! ¿Cómo es esto, monsieur, y qué vida lleváis, que vuestros pobres amigos tienen que conquistar vuestra compañía?

JAQUES.—¡Un bufón! ¡un bufón! Encontré un bufón en el bosque; un bufón abigarrado. ¡Oh miserable mundo! Tan cierto como que vivo encontré á un bufón (que se acostó á calentarse al sol, y renegó de la fortuna en buenas frases, en buenas vigorosas frases. «Buenos días, zote—le dije.—No señor—respondió—no me llaméis zote mientras el cielo no me haya enviado fortuna».—Sacó luego de su bolsillo un reloj de sol y mirándolo con ojos amortiguados, dijo muy sensatamente: «Son las diez; por lo cual vemos, añadió, cómo va el mundo. No hace sino una hora que eran las nueve, y dentro de una hora serán las once. Así, de hora en hora maduramos y maduramos, y luego de hora en hora nos pudrimos y nos pudrimos, y de aquí sale un cuento.» Cuando oí á aquel pintarrajeado bufón filosofar así sobre el tiempo, solté una carcajada más sonora que el canto del gallo á la madrugada, al pensar que un bufón fuese tan profundamente meditativo, y me reí sin tregua una hora entera contada en su reloj. ¡Oh noble bufón! ¡Oh digno bufón! No hay más traje que el de arlequín.

DUQUE.—¿Qué bufón es ese?

JAQUES.—¡Oh insigne bufón! Ha sido cortesano, y dice que con tal de que las damas sean jóvenes y hermosas, tienen el dón de conocerlo; y en su cerebro tan seco como galleta de viaje pasado, tiene



—Deteneos, y no sigáis comiendo

extraños sitios atestados de observaciones á las cuales da salida en zurdas formas. ¡Oh qué daría por ser un bufón! ¡Cuánto codicio un traje con casca-
beles!

DUQUE.—Tendrás uno.

JAQUES.—Es todo mi deseo, con tal de que desarraiguéis de vuestros mejores juicios toda opinión que se haya robustecido en ellos en contra de mi cordura. He de tener completa libertad, una patente tan amplia como el viento, para **soplar** sobre quien yo quiera, pues así la tienen los bufones. Y aquellos á quienes más zahieran mis bufonadas, son los que más deberán reir. ¿Y por qué ha de ser así, señor? El por qué es claro como camino de iglesia parroquial. Aquel á quien el bufón hiera muy cuerdamente, haría una gran necesidad, si á pesar de lo que le escueza, no pareciera insensible al golpe. Si no, quedaría desmenuzada la necesidad del cuerdo, aún por las chanzas perdidas del bufón. Vestidme con mi traje de arlequín; dadme permiso para decir lo que pienso, y limpiaré por completo el asqueroso cuerpo del infecto mundo, si es que se deja administrar con paciencia mi remedio.

DUQUE.—¡Quita allá! Puedo decir lo que harías.

JAQUES.—¿Pues qué haría contrariándolo sino un bien?

DUQUE.—Pecarías maligna y groseramente cuando criticaras el pecado; porque tú mismo has sido un libertino tan sensual como el instinto brutal mismo. Y derramarías sobre el mundo todas las úlceras acumuladas y los males crónicos atrapados por tu libertinaje.

JAQUES.—¡Pues qué! ¿Acusa á persona alguna en particular, quien clama contra el orgullo? ¿No fluye con tanta pompa como el mar, hasta que refluye contra los mismos medios que lo sustentan? ¿A qué mujer de la ciudad habré nombrado, si digo que la mujer de la ciudad lleva en sus hombros impú-

dicos el precio pagado por príncipes? ¿Cuál de ellas puede venir á decirme que he querido hablar de ella, cuando su vecina es ni más ni menos que ella misma? ¿O quién es aquél aún de la más baja condición que (pensando que aludo á él) dice, que su magnificencia no existe á expensas mías, sin que en ello ajuste su propia necesidad al tenor de mi discurso? Ahora bien: ¿qué resulta? Dejadme ver en qué le habrá ofendido mi lengua. Si le ha hecho justicia, será él quien se habrá ofendido á sí propio; si no, mi invectiva habrá pasado volando como el ganso silvestre que ningún hombre reclama por suyo. Pero ¿quién viene?

(Entra Orlando, esp. da en mano.)

ORLANDO.—Deteneos y no sigáis comiendo.

JAQUES.—Pues aún no he probado bocado.

ORLANDO.—Ni lo probaréis antes que la miseria sea socorrida.

JAQUES.—¿Qué clase de pájaro es este?

DUQUE.—¿Es la miseria la que te hace proceder así, hombre atrevido, ó eres un grosero ignorante de los buenos modales, para mostrarte tan falto de buena crianza?

ORLANDO.—Acertasteis al principio. La aguda espina de la más rigurosa necesidad, me privó de mostrarme suave y cortés. Nací tierra adentro, y tengo alguna cultura. Pero, deteneos, repito; porque si alguno toca á estos frutos antes que yo haya cumplido mi propósito, morirá.

JAQUES.—Y si no admitís razones en respuesta, habré de morir.

DUQUE.—¿Qué deseáis? Nos forzaría á ser benévolos vuestra cortesía, más que nos inclinaría á la bondad vuestra fuerza.

ORLANDO.—Estoy casi muerto por el hambre. Dejadme tomar alimento.

DUQUE.—Sentaos y alimentaos y sed bien venido á nuestra mesa.

ORLANDO.—¿Habláis afablemente? Os ruego que me perdonéis. Parecíame que todo había de ser salvaje en este lugar, y por eso tomé un aspecto imperioso é inflexible. Pero quienes quiera que seáis, los que en este desierto inaccesible, á la sombra del melancólico ramaje veis correr indiferentes las cansadas horas del tiempo; si alguna vez visteis días mejores; si alguna vez oísteis el tañer de las campanas llamándoos al templo; si os habéis sentado al banquete de un hombre de bien; y si alguna vez enjugasteis de vuestros párpados una lágrima de piedad y sabéis lo que es compadecer y ser compadecidos, dejad que la humildad sea mi principal fuerza, y en tal esperanza envaino, sonrojándome, este acero.

DUQUE.—En verdad, hemos visto días mejores, y la sagrada campana nos ha llamado al templo, y nos hemos sentado á las fiestas de hombres buenos, y hemos enjugado de nuestros párpados lágrimas arrancadas por la santa piedad; así, pues, sentaos tranquilamente y disponed de cuanto ayuda podemos ofrecer en alivio de vuestras necesidades.

ORLANDO.—Pues bien: aplazad por pocos momentos vuestro alimento, mientras voy, como la cierva, en busca de mi cervato para alimentarlo. Hay allí un pobre anciano que siguió con paso fatigado mi largo camino, movido por el más desinteresado afecto. Hasta que él, oprimido por dos causas de debilidad—los años y el hambre—sea satisfecho primero, yo no probaré bocado.

DUQUE.—Id á traerlo, y nada será tocado hasta que volváis.

ORLANDO.—Os lo agradezco, y sed bendecidos por vuestro auxilio. *(Sale).*

DUQUE.—Ya lo ves: no somos los únicos desgraciados. Este vasto teatro del mundo, presenta escenas aún más dolorosas que ésta en que tomamos parte.

JAQUES.—Todo el mundo es un escenario, y todos, hombres y mujeres, son meros actores. Todos tienen sus entradas y salidas, y cada hombre en su vida representa muchos papeles, siendo los actos siete edades. Al principio, infante que lloriquea en brazos de la nodriza. Luego lloroso rapaz, con su saquillo y su luciente cara matutina, arrastrándose de mala gana á la escuela, con paso de caracol. Después, enamorado, suspirando como una fragua, con una triste balada compuesta á las cejas de su dama. En seguida, soldado, lleno de extrañas imprecaciones, bigotudo como el leopardo, celoso del honor, súbito y pronto en la pendencia, buscando la efímera reputación hasta en la boca del cañón. Más tarde, juez de redondo y prominente abdomen bien aforrado de capón, de severa mirada y barba cortada en estilo serio, lleno de sesudos adagios y de modernas citas: y así desempeña su papel. En la sexta edad múdase en enjuto arlequín, calzado de chinelas, puestas en la nariz las antiparras y el saco al costado, y con las bien conservadas bragas de su mocedad flotando en anchos pliegues sobre sus encogidas piernas; y su sonora voz varonil vuelta al tiple de la infancia resopla y silba en su sonido. La última escena de todas, que termina esta extraña y nutrida historia, es la segunda infancia, un mero olvido. sin dientes. sin ojos. sin palabras. sin cosa alguna.

(Vuelve á entrar Orlando con Adam.)

DUQUE.—Bienvenidos.—Poned en un asiento vuestra venerable carga, y que se alimente.

ORLANDO.—Os doy mil gracias por él.

ADAM.—Así os era menester.—Apenas puedo hablar para hacerlo yo mismo.

DUQUE.—Bienvenido. Principiad. Por ahora no os molestaré con preguntas acerca de vuestras aventuras.—Dejadnos oír un poco de música, y, buen primo, cantad.

CANTO

AMIENS. Sopla, sopla, viento helado,
que no eres tú tan maligno
cual la ingratitude del hombre
ni muerdes con tanto ahínco,
pues no se te puede ver
aunque tu soplo sentimos.
Cantemos, ¡oh, sí, cantemos,
de la enramada el asilo!
Hay mucha amistad fingida
y muchos amores frívolos,
mas ¡oh! bajo la enramada
la vida es un regocijo.

—
Hiela, hiela, crudo cielo,
que no ofendes con tu frío
como el pago que los hombres
dan al bien con el olvido.
Tú tornas el agua en hielo;
mas tu soplo no es tan frío
como el triste desengaño
de ver que olvida un amigo.
Cantemos, ¡oh, sí! etc., etc.

DUQUE.—Si sois hijo del buen sir Rowland, como me lo habéis fielmente dicho al oído, y como ven mis ojos por su imagen vivamente retratada y viviente en vuestro rostro; sed, en verdad, bienvenido aquí. Soy el duque que amó á vuestro padre. Vendréis á mi cueva á decirme el fin de vuestras aventuras.—Buen anciano, bienvenido eres también, como tu señor. Dadle el brazo, y á mí la mano; y hacéme comprender toda vuestra situación.

(Salen).